

Jr 20. 10-13

Sal 68

Mt 10.26-33



«No tengáis miedo»:

la confianza que nace del Evangelio

Seguir a Cristo es dejar que su Evangelio modele nuestro corazón hasta que el Padre pueda reconocer en nosotros aquello que ama en su Hijo: su obediencia confiada, incluso en la hora oscura. El pasaje que hoy se proclama, continúa el envío apostólico del domingo anterior. Jesús, movido por compasión ante las multitudes «*fatigadas y abatidas*», llamó a los Doce y los envió a sanar, liberar y anunciar el Reino. Pero ahora les revela algo esencial: la misión no es sólo fecundidad; también es combate interior y resistencia exterior. Por eso repite tres veces una misma palabra que es como un umbral espiritual: **«No tengáis miedo»**.

La valentía cristiana

El miedo forma parte de nuestra condición. No es enemigo en sí mismo; se vuelve peligroso cuando ocupa el lugar que pertenece a la confianza. La Escritura está llena de hombres y mujeres que temblaron: Abraham, Moisés, Jeremías, María, los apóstoles... incluso Jesús en Getsemaní. La valentía cristiana no consiste en no sentir miedo, sino en **caminar apoyados en la fidelidad de Dios mientras el corazón tiembla**.

Hay dos modos de vivir: desde el miedo o

desde la confianza. El miedo encierra, calcula, protege; la fe abre caminos, arriesga, entrega. Jesús no promete ausencia de dificultades; promete **presencia**. No dice: «*No sufriréis*», sino: «*No dejéis que el miedo tenga la última palabra*». El anuncio del Reino siempre incomoda a las tinieblas, porque la luz revela lo que hiere al ser humano. Por eso la misión implica también desenmascarar la mentira, la injusticia y el egoísmo.

Un tesoro que no se guarda

JEREMÍAS 20,10-13

10 OÍA YO el cuchicheo de la gente que decía: «Por todas partes hay terror. Denunciadlo, vamos a denunciarlo». Todos mis amigos esperaban mi caída: «A ver si se dejó seducir para poder dominarlo y vengarnos de él».

11 Pero el Señor está conmigo como un guerrero poderoso; por eso mis perseguidores caerán y no podrán conmigo. Será una venganza perpetua e inolvidable, que no se olvidará jamás.

12 Señor del universo, tú que examinas al justo y conoces los corazones y los riñones, que yo vea tu venganza sobre ellos, porque a ti he encomendado mi causa.

13 Cantad al Señor, alabad al Señor, que él ha librado la vida del pobre de las manos de los malos.



Nuestro bautismo nos hace partícipes de esta misma misión: llevar luz donde hay oscuridad, esperanza donde hay cansancio, reconciliación donde hay ruptura. El Evangelio no es un tesoro para guardar, sino para **proclamar a la luz del día**. Sin embargo, la mayor amenaza no suele ser la persecución abierta, sino el miedo cotidiano: al qué dirán, a perder prestigio, a mostrarnos creyentes, a que la fidelidad tenga consecuencias concretas. Muchas veces no negamos a Cristo con palabras, sino con nuestros silencios.

Jesús nos invita a mirar más hondo: **¿qué puede perder realmente quien vive unido a Dios?**

San Pablo responde: «*Nada podrá separarnos del amor de Cristo*». Incluso lo que parece derrota puede convertirse en camino de vida. Los mártires lo comprendieron: lo perdieron todo, pero no perdieron lo esencial.

Por eso Jesús nos recuerda que la misión descansa en la ternura del Padre: ni un gorrión cae sin que Él lo sepa; **hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados**. Nada de nuestra vida es indiferente para Dios. El amor del Padre es el espacio donde el miedo se disuelve lentamente. San Agustín decía que la medida del amor es también la medida del miedo: quien ama su comodidad teme perderla; quien ama a Dios descubre una libertad nueva.

Confesar con la vida

Finalmente, Jesús nos llama a la coherencia: **confesarlo con la vida**, no sólo con los labios. Perseverar en la fe cotidiana, en la caridad silenciosa, en la esperanza que sostiene. Ser discípulos que anuncian, sirven y permanecen.

Hemos de pedir un corazón apostólico: compasivo para acercarse al que sufre, firme para anunciar el Reino, libre de los miedos que empequeñecen nuestra vocación. Y cuando sentimos la tentación de retroceder, recordemos la palabra más repetida de toda la Biblia: **«No temas»**. No porque no haya oscuridad, sino porque **Dios camina con nosotros**. **«No tengáis miedo. Vosotros valéis más que muchos pájaros»**.



No tengáis miedo.

VOSOTROS VALÉIS MÁS
QUE MUCHOS PÁJAROS.





Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter et amorem fac nos habere perpetuum, quia numquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuae dilectionis instituis.

Traducción oficiosa

Señor, haz que tengamos siempre temor y amor perpetuo hacia tu santo nombre, porque nunca abandonas, por tu gobierno, a aquellos que has establecido en la firmeza de tu amor.

Saboreo

La colecta nos sitúa desde el inicio de la Misa en la actitud fundamental del creyente: **dejar que Dios modele el corazón**. No pedimos cosas externas, sino una disposición interior que sólo Él puede dar: *“temor y amor perpetuo hacia tu santo nombre”*. En la Escritura, el nombre de Dios es su **presencia viva**, su modo de estar con nosotros. Por eso la liturgia nos educa a pronunciarlo con reverencia y a acogerlo con confianza.

El **temor santo** no es miedo, sino reconocimiento humilde de la grandeza de Dios. El **amor** es la certeza de que esa grandeza se inclina hacia nosotros con ternura. La liturgia une ambos porque juntos expresan la verdad del corazón creyente: adoración que no paraliza y confianza que no banaliza. Son como dos alas que permiten al alma elevarse hacia Dios.

El verbo principal de la colecta —*fac*, “haz”— revela la **primacía absoluta de la gracia**. No decimos *“queremos tener”*, sino *“haz que tengamos”*. La liturgia nos recuerda que la vida espiritual no nace del esfuerzo voluntarista, sino de la acción del Espíritu

que transforma suavemente el interior. La de la fe consiste en aprender a dejarnos hacer por Dios, a permitir que Él forme en nosotros un corazón capaz de amarle y venerarle de manera estable.

La segunda parte de la oración proclama una verdad que sostiene toda la existencia cristiana:

“Tú nunca abandonas a los que has fundado en la solidez de tu amor.”

Aquí la liturgia nos invita a contemplar la **fidelidad inquebrantable de Dios**. Él nos ha fundado —como quien coloca una piedra firme— en su amor, y ese amor es roca, fundamento y descanso. La estabilidad de la vida cristiana no depende de nuestras fuerzas, sino de la constancia divina. Incluso cuando nosotros vacilamos, Él permanece. Incluso cuando nuestra fe se debilita, su amor no se retira.

Esta colecta es, en sí misma, una **escuela de la interioridad**:

- nos enseña a vivir ante Dios con reverencia y confianza;
- nos recuerda que la transformación interior es obra de la gracia;
- nos asegura que la fidelidad de Dios es el verdadero cimiento de nuestra vida.

Quien entra en esta dinámica descubre que la celebración no es un rito externo, sino un **encuentro que modela el alma**, la pacifica y la establece en la certeza de un amor que no falla.



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



XII PER ANNUM “A”



No temáis, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados.



MATEO 10,26-33

